



联合国
粮食及
农业组织

Food and Agriculture
Organization of the
United Nations

Organisation des Nations
Unies pour l'alimentation
et l'agriculture

Продовольственная и
сельскохозяйственная организация
Объединенных Наций

Organización de las
Naciones Unidas para la
Alimentación y la Agricultura

منظمة
الأغذية والزراعة
للأمم المتحدة

S

CONFERENCIA

40.º período de sesiones

Roma, 3-8 de julio de 2017

Disertación en memoria de McDougall

Disertación en honor de Frank L. McDougall

Pronunciada por

**Achim Steiner, Administrador del
Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)**

**La economía agrícola del mañana:
oportunidades para transformar nuestro mundo**

Es para mí un honor pronunciar este año la Disertación en memoria de McDougall. Siento cierta afinidad con Frank McDougall quien, al igual que yo, pasó parte de su vida en una granja. McDougall defendía la utilización de la ciencia y el análisis para fundamentar las decisiones sobre políticas y creía firmemente que la adopción de políticas mejores podía mejorar la producción y distribución de alimentos. Asimismo, inspiró la conferencia convocada por el Presidente estadounidense Roosevelt a comienzos de 1943 en la que se sentaron las bases para el establecimiento de la FAO después de la II Guerra Mundial. Me siento también honrado de pronunciar esta disertación, habida cuenta de la trascendencia y sabiduría de las muchas personalidades que me han precedido, empezando por el Presidente Lula hace dos años y contando, entre otros, a dos Secretarios Generales de las Naciones Unidas (Kofi Annan en 2011 y Boutros Boutros-Ghali en 1999), Indira Gandhi y el “padre” de la revolución verde, Norman Borlaug. Me ha precedido también, en 2013, el Premio Nobel de Economía, Amartya Sen, probablemente la voz más influyente en la definición del concepto y la práctica del desarrollo humano del PNUD. Me referiré de forma más amplia a la disertación del Profesor Sen más adelante en mi intervención. Pero permítanme hilvanar mi disertación, las enseñanzas de Amartya y el legado de Frank McDougall con el hilo que, en el pasado próximo y reciente, nos permitió entender — y combatir— el hambre y la pobreza con ideas y energías renovadas. Eso es lo que pretendo hacer hoy aquí, una vez más, con esta intervención.

A simple vista, puede que la agricultura no parezca fundamental para responder a los actuales desafíos mundiales en materia de desarrollo y sostenibilidad. ¿Qué importancia tiene la agricultura, un sector que representa menos del 4 % del producto interno bruto (PIB) mundial?ⁱ

Sin embargo, hoy defenderé que la agricultura representa mucho más de lo que se calcula como una contribución sectorial al PIB —en primer lugar, porque todos dependemos de la disponibilidad de alimentos y el acceso a los mismos, y en segundo lugar, porque representa una tercera parte del empleo mundialⁱⁱ. Más aún, es en las explotaciones agrícolas, grandes y pequeñas, de todo el mundo donde la interacción entre las personas, el planeta, la prosperidad y la paz puede desenvolverse de formas que, o bien nos llevarán a un desarrollo sostenible, o bien harán nuestro cometido prácticamente imposible.

Es posible acceder a este documento utilizando el código de respuesta rápida impreso en esta página. Esta es una iniciativa de la FAO para minimizar su impacto ambiental y promover comunicaciones más verdes. Pueden consultarse más documentos en el sitio www.fao.org. MT939/s



mt939

Fue la primera revolución agrícola, hace más de 10 000 años, la que facilitó la aparición de la civilización. A medida que los seres humanos domesticaron plantas y animales, construyeron asentamientos y acumularon excedentes que fomentaron el progreso. Podría decirse que el aumento de la producción de alimentos ha sido la motivación que ha impulsado a los agricultores durante milenios y puede que algunos lo consideren la solución para alimentar a una población mundial cada vez mayor. Desde esta perspectiva, todo lo que deberíamos esperar de la agricultura es que siga aumentando la producción.

Sin embargo, considero que se trata de un problema más complicado. Se prevé que la población mundial aumente hasta casi 10 000 millones de personas en 2050, de las cuales dos terceras partes vivirán en las ciudades. Este hecho impulsará y modificará la demanda agrícola y, según algunas estimaciones, el mundo habrá de subsanar un déficit de alimentos del 70 % para 2050. Ante el aumento de la generación de ingresos y la urbanización en los países de ingresos bajos y medianos, se producirá una transición alimentaria hacia un mayor consumo de carne, frutas y hortalizas —con respecto al de cereales—, que exigirá las modificaciones correspondientes en la producción y añadirá presión sobre los recursos naturales. Dentro de la complejidad de este desafío, podemos descubrir oportunidades de impulsar el desarrollo sostenible mediante la transformación de la agriculturaⁱⁱⁱ.

La “economía agrícola” que heredamos del siglo XX

A una agricultora en cualquier parte del mundo le puede parecer que las decisiones que toma son voluntarias o están sujetas a su control. Pero, a decir verdad, sus decisiones vienen influenciadas, e incluso determinadas, por una amplia variedad de factores ajenos a su voluntad. No cabe duda de que su motivación es posibilitar la subsistencia de quienes viven de la tierra, ya sea un pequeño agricultor o quienes dependen de una gran empresa agrícola. Pero las prácticas del pasado, los incentivos existentes y los marcos reglamentarios, algunos de alcance mundial, están generando conductas que tienen como resultado el siguiente reto principal: la necesidad de alimentar a más personas y erradicar el hambre frente a prácticas agrícolas que agotan la base de recursos naturales de la que depende el futuro de la propia agricultura.

La agricultura ha sufrido una transformación en el último siglo, que ha dado lugar a un aumento de la producción y la distribución de alimentos y otros productos agrícolas con el fin de atender a una población en rápido crecimiento con ingresos cada vez más altos y gustos más diversos. La investigación agrícola, tanto pública como privada, se convirtió en una importante iniciativa, que motivó una producción más eficiente, el aumento de la mecanización y la mejora de la resistencia a las plagas y las tensiones ambientales. Se desarrollaron complejas interrelaciones económicas y sociales, tanto descendentes como ascendentes —las descendentes en industrias vinculadas a las semillas, los fertilizantes, el riego y la mecanización, y las ascendentes en actividades tales como la distribución de alimentos, el embalaje, las cadenas de frío, la distribución al por menor, la hostelería relacionada con alimentos y bebidas y el turismo. Muchas de estas industrias tienen alcance mundial y el abastecimiento y distribución de productos agrícolas atraviesa países y continentes. Portacontenedores, camiones, trenes y aviones desplazan por todo el mundo cantidades suficientes de maíz, trigo, arroz y soja, que constituye la mayor fuente de piensos proteínicos, para alimentar al 40 % de la población actual^{iv}. Se desarrollaron sofisticados sistemas de reglamentación, en particular aquellos dirigidos a garantizar la inocuidad de los alimentos. Esta es la “economía agrícola” en la que operan los agricultores, donde la mayoría de las veces los incentivos económicos y el contexto reglamentario empujan inexorablemente hacia el aumento de la producción.

Trataré de demostrar que las prácticas dominantes que surgieron a lo largo del siglo XX necesitarán cambios en al menos tres dimensiones: la mejora de la sostenibilidad, la erradicación del hambre, y el fomento de la paz y la estabilidad. Expondré los vínculos que existen entre las cuestiones económicas, ambientales y sociales y concluiré con la propuesta de posibles vías para la transformación de la agricultura.

Transformar la agricultura para la transición hacia la sostenibilidad

Los animales y plantas de los que depende la producción agrícola utilizan la tierra y el agua y están expuestos a las condiciones meteorológicas. Gracias al ingenio humano, la agricultura ha evolucionado para aprovechar mejor estos recursos y reducir la vulnerabilidad de la producción a las condiciones climáticas. Aunque el cambio y la innovación tecnológicos seguirán permitiéndonos avanzar, nos enfrentamos a un reto más importante: una “economía agrícola” que genera decisiones que “minan” de forma insostenible los mismos recursos naturales de los que depende la producción agrícola.

Las inversiones en agricultura y las innovaciones tecnológicas han impulsado la productividad agrícola, y existe más margen de crecimiento, tanto al seguir aumentando la frontera de productividad como ayudando a los agricultores a alcanzar grados de eficiencia más elevados. La aceleración necesaria del aumento de la productividad se ve obstaculizada, no obstante, por la degradación de los recursos naturales y la pérdida de biodiversidad. El riesgo va más allá de utilizar los recursos naturales de una forma que perjudique la producción agrícola en el futuro. Se trata de que no seamos capaces de mantener la infraestructura ecológica que sostiene nuestras economías y sociedades.

La agricultura actual supone el 70 % del uso de agua dulce^v en un momento en el que un tercio de la población mundial vive en condiciones de estrés hídrico^{vi} y donde está previsto que este porcentaje aumente a dos tercios para 2025^{vii}. En el último siglo, se perdieron tres cuartas partes de la diversidad genética de los cultivos agrícolas y dependemos únicamente de 15 especies vegetales y ocho especies animales para el 90 % de nuestro aporte calórico y proteínico^{viii}. La agricultura sigue demandando más tierras, incluidas tierras boscosas, en un momento en el que una cuarta parte de la tierra agrícola existente ya está sumamente degradada^{ix} y un tercio de la tierra cultivable del mundo se ha perdido debido a la erosión o la contaminación sufridas en los cuatro últimos decenios^x.

Otra dinámica “autodestructiva” tiene que ver con la agricultura y el cambio climático, el tema que acertadamente ha escogido la FAO para su publicación más reciente del informe sobre “El estado mundial de la agricultura y la alimentación”. Más de una quinta parte de las emisiones de gases de efecto invernadero pueden vincularse a la agricultura, en particular a los cambios en el uso de la tierra y la deforestación. Aunque en latitudes más altas puede observarse un incremento neto de los rendimientos a corto plazo, el abrumador impacto del cambio climático en la producción agrícola, sobre todo en regiones en las que la producción local sufre ya condiciones de estrés a largo plazo, es negativo. El cambio climático afecta en forma desproporcionada a las regiones expuestas a la inseguridad alimentaria, poniendo en peligro la producción agrícola y ganadera, las poblaciones de peces y la pesca. Y, dado que el suelo es un importante depósito y almacén de carbono, la erosión del mismo y los cambios en el uso de la tierra vinculados a la agricultura pueden socavar aún más los esfuerzos por reducir las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera^{xi}.

Pero los desafíos en materia de sostenibilidad se extienden más allá del uso de los recursos naturales y el cambio climático. Por ejemplo, en los Estados Unidos, el 80 % de los antibióticos consumidos se emplea en la agricultura^{xii}. Hoy en día, algunas de las principales preocupaciones mundiales en materia de salud tienen que ver con la transmisión de agentes infecciosos de animales a seres humanos y con la amenaza de la resistencia a los antimicrobianos. Este asunto se ha reconocido no solo como una amenaza importante para nuestro bienestar, sino también como un posible desafío económico sustancial en el futuro. El uso generalizado, a menudo no reglamentado, de antibióticos en la agricultura agrava estos problemas^{xiii}.

Transformar la agricultura para acabar con el hambre y reducir la pobreza

Pese a todos los logros que alcanzaron en el siglo XX, la agricultura y la “economía agrícola” del siglo XXI no han podido erradicar el hambre. Aunque la prevalencia de la subalimentación disminuyó del 19 % en 1990 al 11 % actual, cerca de 800 millones de personas siguen estando subalimentadas^{xiv}.

Una vez más, se trata de un caso en el que la “economía agrícola” señala, en ocasiones, a los agricultores que produzcan más, cuando el problema se encuentra en otra parte. El problema es que la producción local no tiene lugar allí donde debe ocurrir a fin de alimentar a las personas que padecen hambre actualmente, y la “economía agrícola” globalizada no está posibilitando el acceso a los alimentos en todas partes y en todo momento. Tal y como defendió enérgicamente Amartya Sen en una disertación anterior en memoria de McDougall en 2013, la principal razón por la que hay tanta hambre en el mundo es que la concentración de la atención en la “producción de alimentos” dificulta que se tomen en consideración los múltiples desafíos que impiden a las personas acceder a las calorías y nutrientes que necesitan. En definitiva, en la valoración de Sen, la falta de acceso a los alimentos puede explicarse mediante lo que él denomina una pérdida de “habilitaciones”, ya sea porque los precios de los alimentos son demasiado altos, o porque los ingresos no son suficientes, o bien por una combinación de ambos. Lo que el análisis de Sen demuestra claramente —aunque quizás no sea un diagnóstico completo o exhaustivo del problema— es que muchos de los desafíos que deben abordarse para erradicar el hambre sobrepasan el ámbito de la agricultura como tal, y se encuentran en mayor medida dentro del marco de la “economía agrícola”.

La amarga ironía es que muchas de las personas que padecen hambre o inseguridad alimentaria trabajan ellas mismas en el sector de la agricultura, ya sea en cultivos o en la cría de ganado. En numerosos países de África, donde hay una elevada prevalencia del hambre, hasta el 80 % de los africanos pobres depende de la agricultura para la obtención de ingresos^{xv}. En muchos de estos contextos se plantea un doble desafío.

El primero es que la productividad agrícola suele ser extremadamente baja, con rendimientos que se han visto estancados durante años, lo que ha atrapado a la población en una agricultura familiar de escaso valor añadido. En este caso, la agricultura precisa apoyo para transformarse de una forma similar a como ocurrió en gran parte de Asia meridional y oriental. Durante la segunda mitad del siglo XX, el aumento sostenido de la productividad agrícola fue el motor que redujo la pobreza extrema masiva, generó ingresos para el desarrollo de actividades rurales no agrícolas y, en última instancia, posibilitó la transformación estructural hacia la fabricación y servicios de mayor valor añadido. Sin duda, aunque el cambio e innovación tecnológicos habrán de desempeñar una función importante, para trazar esta vía será necesario algo más que una simple réplica de estas “revoluciones verdes”. La agricultura debe transformarse de tal manera que los grandes problemas en materia de sostenibilidad que afrontan actualmente los países de Asia no se repitan en ninguna otra parte.

El segundo desafío se trata de la confluencia del rápido crecimiento demográfico en zonas sometidas a estrés ambiental, como en el Sahel o el Cuerno de África, y su interacción con peligros naturales y conflictos que provocan graves crisis de seguridad alimentaria. En 2016, más de 100 millones de personas en todo el mundo afrontaron niveles de crisis de inseguridad alimentaria, lo que supuso un 35 % más que en 2015. Se han incrementado las superficies de cosecha de cereales, como en partes del Sahel, puesto que el aumento de la productividad agrícola no ha seguido el ritmo del aumento de la población. Esto ha provocado la invasión de tierras tradicionales de pastoreo, lo que ha tenido efectos perjudiciales en la calidad del suelo y ha generado tensiones sociales y políticas. El aumento de la volatilidad del clima y las perturbaciones ambientales generan asimismo graves crisis alimentarias, como ponen de relieve los efectos que tuvo el fenómeno de El Niño el año pasado en África oriental y meridional. Y los conflictos fueron, y siguen siendo, una causa principal de inseguridad alimentaria en muchas partes del mundo. Es necesario mejorar la gestión de las crisis temporales de producción de alimentos. La imposibilidad constante de acceder a los alimentos está relacionada con la disminución del poder adquisitivo, ya sea por la reducción de ingresos o por el aumento de los precios de los alimentos, o bien por ambas cosas. A menudo, estos problemas confluyen y se refuerzan a sí mismos, lo que nos vuelve a llevar a la pérdida de habilitaciones de Sen^{xvi}.

Para hacer frente a la imposibilidad recurrente de acceder a los alimentos, necesitamos opciones de gestión del riesgo que ayuden a los agricultores a protegerse de la variabilidad de la producción (por ejemplo, mediante seguros contra fenómenos climáticos), así como mecanismos de protección social (por ejemplo, dinero por trabajo, alimentos por trabajo) u otros mecanismos de transferencia de efectivo.

Deben redoblar los esfuerzos para fomentar y ampliar la protección social. Los ingresos proporcionados por la protección social pueden ser fundamentales no solo para mantener las “habilitaciones respecto de los alimentos”, sino también en un sentido más amplio para mejorar los medios de vida y la resiliencia de la población pobre ante situaciones de perturbación.

Transformar la agricultura para potenciar la paz y la estabilidad

La inestabilidad política y social, que puede suscitar conflictos violentos, es el resultado de interacciones complejas entre las personas, los ecosistemas y los factores económicos y políticos. Las perturbaciones ambientales y otros factores que generan fuertes aumentos de los precios de los alimentos o pérdidas de ingresos han provocado inestabilidad social y política. Este problema se agrava cuando existe competencia por el agua o la tierra, entre reclamaciones conflictivas por el uso de estos recursos para la agricultura, sobre todo en zonas sometidas a estrés ambiental.

Aunque se trata de un ámbito controvertido, los datos demuestran al menos una asociación entre las desviaciones respecto de los regímenes meteorológicos previstos (incluidas las precipitaciones, pero sobre todo las temperaturas) y el aumento del riesgo de estallido de la violencia, especialmente cuando dichas perturbaciones ambientales interactúan con la exclusión económica y las desigualdades horizontales^{xvii}. Por ejemplo, investigaciones realizadas han revelado que, aunque solo el 9 % de los brotes de conflictos armados entre 1980 y 2010 coincidían con catástrofes vinculadas a sequías u olas de calor, este porcentaje aumenta al 23 %, esto es, casi una cuarta parte, en territorios étnicamente fraccionados^{xviii}.

Se ha demostrado que la interacción entre los conflictos, las perturbaciones ambientales, la exclusión política y los medios de subsistencia depende en gran medida de las prácticas agrícolas. En un estudio reciente se observó que las sequías aumentaban de forma significativa la probabilidad de conflictos violentos continuados en entornos de ingresos bajos donde los grupos excluidos por motivos étnicos o políticos dependen de la agricultura^{xix}. En otro estudio se examinó el efecto que la peor sequía jamás registrada en el Creciente Fértil, iniciada en 2005, tuvo en los sucesos ocurridos en Siria justo antes de los levantamientos de 2011. En el estudio se demuestra que tanto la sequía como las tendencias al calentamiento a más largo plazo, la disminución de la humedad del suelo y el descenso de las precipitaciones están vinculadas al cambio climático. En 2008, durante el invierno más seco jamás registrado en Siria, la producción de trigo se malogró y se perdió casi todo el ganado. En consecuencia, 1,5 millones de personas se vieron desplazadas dentro del país y se trasladaron, junto con numerosos refugiados iraquíes, a las zonas urbanas periféricas. Estas zonas, que afrontaban problemas de hacinamiento y falta de servicios básicos y tenían una altísima tasa de desempleo, sufrieron desórdenes internos que se intensificaron en marzo de 2011. Este hecho no implica causalidad entre la sequía y el conflicto en Siria, pero sirve de ejemplo para observar cómo los acontecimientos y dinámicas relacionados con la forma en que se gestiona la agricultura pueden contribuir a la aparición de conflictos violentos o inestabilidad política^{xx}.

La interacción entre los factores de estrés ambiental, los conflictos, los desplazamientos y la competencia por los escasos recursos naturales requiere que se refuerce la labor conjunta para atender las necesidades humanitarias inmediatas a gran escala con intervenciones que promuevan la recuperación y la resiliencia a más largo plazo de las poblaciones vulnerables. Tomemos, por ejemplo, el caso de Somalia, donde para cubrir las necesidades en materia de seguridad alimentaria se requieren cientos de millones de dólares en asistencia alimentaria, cuando se necesitaría mucho menos para rehabilitar los principales sistemas de riego del país y generar una agricultura más productiva. La actual ayuda humanitaria dirigida a garantizar la seguridad alimentaria podría dejar de ser necesaria si, en algún momento, se logra romper el círculo vicioso de necesidad y en su lugar se invierte en reparar los cinco sistemas de riego principales del país. La dificultad radica en combinar la asistencia vital necesaria cuando sobreviene una crisis y las inversiones estructurales en desarrollo necesarias para que esta no vuelva a producirse. Las Naciones Unidas dirigen ya iniciativas conjuntas de asociados en la labor humanitaria, asociados en el desarrollo y asociados para la paz dirigidas a prestar asistencia humanitaria urgente y fortalecer la resiliencia, en consonancia con los acuerdos alcanzados en la Cumbre Humanitaria Mundial.

Vías para transformar nuestro mundo a través de la transformación de la agricultura

Para que la agricultura sobreviva con la cantidad adecuada de agua y tierras, para que el planeta sobreviva con la temperatura y el uso de recursos adecuados, y para que la humanidad sobreviva con la cantidad adecuada de alimentos, deben trazarse nuevas vías que conduzcan a la transformación de la agricultura. Permítanme proponer tres elementos para su consideración mientras reflexionamos sobre lo que supondrá trazar dichas vías.

El primer punto, y quizás el más importante, es que pretender transformar la agricultura en un silo no va a funcionar. Yo sostendría que este punto es válido más allá del debate sobre la agricultura. Pone de relieve los enfoques integrados y la determinación de interrelaciones entre sectores que habremos de tomar en consideración a medida que avanzamos hacia la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y la aplicación de la Agenda 2030. La agricultura debe entenderse como parte de la “economía agrícola”, con todos sus vínculos ascendentes y descendentes, y esta “economía agrícola” en sí forma parte de un sistema económico, social y político más amplio.

Permítanme ilustrar lo que quiero decir con un ejemplo. Las preferencias en cuanto al consumo de alimentos, como señalé anteriormente, tendrán una importante repercusión en la futura evolución de la agricultura. Lo que las personas decidan comer incidirá en el impacto de la agricultura en el medio ambiente, pero también en la salud de cada uno de nosotros y en la sanidad pública. De hecho, las enfermedades no transmisibles, muchas de ellas vinculadas a los hábitos alimenticios, son ya cada vez más una causa importante de muerte e invalidez prematuras, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo. Así pues, ¿qué diferencia supondría en las futuras vías de la agricultura, el medio ambiente y nuestra salud un cambio en la alimentación? En un estudio reciente se observó que los cambios en los hábitos alimenticios actuales hacia dietas más basadas en alimentos de origen vegetal y menos en carnes, de acuerdo con las actuales directrices en materia de salud, podría disminuir la mortalidad mundial entre un 6 % y un 10 % y las emisiones de gases de efecto invernadero entre un 29 % y un 70 % para 2050 si se compara con un escenario de referencia. La monetización de estos beneficios, las mejoras de salud y los resultados ambientales podría alcanzar un valor de hasta 30 billones de dólares en 2050^{xxi}. Sin embargo, adoptar medidas para desencadenar estos beneficios a través de cambios en las dietas queda en gran medida fuera del alcance de las autoridades con responsabilidad directa en la agricultura, o incluso con influencia en la “economía agrícola” más amplia. Alentar dietas más saludables que estén más basadas en alimentos de origen vegetal y reduzcan el consumo excesivo de productos de origen animal requiere que se tomen medidas en sectores como el de la sanidad pública.

En segundo lugar, debemos trasladar la orientación de los incentivos y regulaciones del mercado hacia la optimización de los sistemas de producción agrícola, en vez de hacia el aumento al máximo de la producción, con el fin de posibilitar una “economía agrícola” que mantenga y sustente las bases de las que depende no solo la agricultura sino, en definitiva, todos los medios de subsistencia, e invierta en ellas. Evidentemente, los agricultores y quienes trabajan en actividades iniciales y finales de la “economía agrícola” no emprenden estas medidas de forma intencionada como un acto de auto-derrota —para ellos y, en última instancia, para el planeta. Lo único que ocurre es que los sistemas reguladores y los incentivos económicos actuales no recogen plenamente los costos totales, incluidos los costos para las generaciones futuras, de estas prácticas agrícolas insostenibles.

El reto aquí consiste en velar por que el futuro de la agricultura refleje los verdaderos costos y beneficios, y que a través del sistema de mercado y los marcos reguladores, los precios se armonicen para que la agricultura sea sostenible para los agricultores, y para todos nosotros. Y, aunque todos los recursos naturales importan, la tierra ocupa un lugar central en el futuro de la agricultura, pero también en la forma en que afrontemos los desafíos que van desde el cambio climático hasta la urbanización. Después de todo, fue el Presidente estadounidense Roosevelt quien, en pleno período de la “cuenca de polvo” —*dust bowl*, que de por sí fue el resultado de prácticas agrícolas insostenibles y destructivas—, dijo que era fundamental “conservar el suelo como nuestro activo básico. La nación que destruye su suelo, se destruye a sí misma”^{xxii}.

Una imagen del margen de mejora que existe en el marco de la “economía agrícola” queda reflejada en ese tercio de todos los alimentos producidos en el mundo que se pierde o desperdicia^{xxiii}. Las pérdidas de alimentos responden a deficiencias en el proceso agrícola o en actividades posteriores a este, como por ejemplo en el almacenaje o la comercialización, que impiden que los alimentos lleguen a los consumidores, mientras que los desperdicios de alimentos sí llegan a los consumidores pero son finalmente desechados. Esta cuestión resulta aún más preocupante cuando el argumento económico y comercial es claro: en un estudio reciente se demostró que por cada dólar que las empresas invirtieran en reducir la pérdida y desperdicio de alimentos se generarían 14 dólares de beneficio^{xxiv}. Y, de forma similar, las iniciativas públicas son efectivas y eficaces en función del costo. Una iniciativa llevada a cabo en el Reino Unido redujo el desperdicio de alimentos en los hogares en más del 20 % entre 2007 y 2012, con un rendimiento de inversión de 250:1. Estas elevadas tasas de rendimiento no deberían de extrañarnos, habida cuenta de la ineficacia de un sistema en el que uno de cada tres elementos que se incluyen en él —insumos, recursos, ingenio humano y mano de obra— desaparece. Algo que sería inaceptable en la mayoría de contextos, pero que la “economía agrícola” de hoy en día tolera.

En tercer lugar, debemos aprovechar la agricultura para seguir mejorando los medios de vida, dentro y fuera de las explotaciones agrícolas, en las zonas rurales. De los 570 millones de explotaciones en todo el mundo, el 90 % —que produce el 80 % de los alimentos mundiales— está gestionado por una persona o una familia. El 84 % de las explotaciones familiares son de pequeño tamaño, pues ocupan menos de dos hectáreas, y albergan a numerosos pequeños agricultores familiares que se ven afectados por la pobreza y la inseguridad alimentaria^{xxv}. Estos agricultores son vulnerables a las crisis, suelen mostrarse reticentes a utilizar cultivos o métodos nuevos y mejores, carecen de herramientas de gestión de riesgos y hacen un uso intensivo de los recursos que amenaza la viabilidad de sus explotaciones. Sin embargo, esta no es la realidad en todas partes, y sabemos que los agricultores pueden mejorar sus condiciones si están mejor conectados con los mercados (tanto de insumos como de productos), si disponen de medios para gestionar los riesgos (entre otras cosas, diversificando sus ingresos, accediendo a seguros y disfrutando de protección social), y si se les otorga acceso a nuevas tecnologías e innovaciones agrícolas, y participación en el desarrollo de las mismas, incluidas aquellas que pueden permitir una utilización más sostenible de los recursos.

Al mejorar la conexión de los agricultores con los mercados, la información y los conocimientos, la vida en las explotaciones agrícolas puede hacer que la agricultura resulte más atractiva para la juventud, en particular para jóvenes con aptitudes. La vida en las explotaciones agrícolas no está condenada a considerarse un medio de vida de baja condición, si gracias a la utilización de la ciencia agrícola, la implantación de tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y el desarrollo de productos financieros que van desde créditos a seguros, se aprovechan las oportunidades de aumentar rendimientos sostenibles y mejorar los ingresos de los agricultores, incluso añadiendo valor a los productos primarios (por ejemplo, la elaboración de mermeladas a partir de frutas)^{xxvi}. El aumento del poder adquisitivo en las explotaciones también favorecerá las actividades económicas no agrícolas en las zonas rurales, al combinarse la disminución de los precios de los alimentos y el aumento de los ingresos para incrementar la demanda de bienes y servicios no agrícolas que pueden producirse en las zonas rurales.

Conclusión

El subtítulo de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible es: “transformar nuestro mundo”. Podría afirmar que, a través de los tres elementos que acabo de presentar, la transformación de la agricultura puede facilitar de manera esencial la consecución de los ODS. Mi principal mensaje hoy es que para transformar nuestro mundo, como se pide en la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, debemos transformar la agricultura. Esta acción no puede considerarse como un desafío técnico que ha de abordarse dentro del sector agrícola, sino más bien como una tarea compleja que requiere enfoques integrados en los que se toman en consideración los aspectos económicos, ambientales y sociales. Se trata en muchos aspectos de una agenda de profundas reformas políticas. Y una agenda que debe reconocer a los agricultores como los agentes del cambio, actuando dentro de una “economía agrícola” más amplia, que con los incentivos y facilitadores adecuados pueden aprovechar la agricultura para mejorar los medios de vida y la sostenibilidad.

La transformación agrícola ha de producirse al mismo ritmo, si no más rápido, que los cambios que hemos observado en el curso del siglo XX. Los cambios deben ser favorecidos por una “economía agrícola” que haga que esta iniciativa se trate de mucho más que de producir cultivos, impulsando la agricultura para permitir la gestión de los activos ecológicos, de los que obtenemos los servicios ecosistémicos para la agricultura y más allá. La agricultura ha de transformarse para beneficiar a quienes “se han quedado atrás”, en un mundo en el que el exceso de producción de alimentos convive con la paradoja inmoral de un hambre generalizada. Y, por último, la agricultura tiene que transformarse para hacer posible la gestión de riesgos, incluido el riesgo de conflictos, en lugar de ser un factor multiplicador de amenazas en cascada.

Podría resultar apropiado concluir con una cita de Amartya Sen, al que me referí anteriormente, y la conclusión de su disertación en memoria de McDougall. Dijo lo siguiente: “Hacer una sola cosa a la vez nunca es un consejo particularmente bueno cuando se trata de políticas económicas y sociales”. Prosiguió diciendo que esto es especialmente engañoso para afrontar enormes retos como la prevalencia del hambre en el mundo moderno. Por eso, nos pidió que hiciéramos muchas cosas diferentes, y juntos. Se trata de la misma petición que les hago yo hoy, para que podamos transformar la agricultura a fin de transformar nuestro mundo.

ⁱ <http://data.worldbank.org/indicator/NV.AGR.TOTL.ZS>.

ⁱⁱ <http://data.worldbank.org/indicator/SL.AGR.EMPL.ZS>.

ⁱⁱⁱ Todos los datos de este párrafo se han consultado en la siguiente dirección:

http://www.wri.org/sites/default/files/Shifting_Diets_for_a_Sustainable_Food_Future_1.pdf

^{iv} <https://www.chathamhouse.org/sites/files/chathamhouse/publications/research/2017-06-27-chokepoints-vulnerabilities-global-food-trade-bailey-wellesley.pdf>.

^v Foley, J. A., R. DeFries, G. P. Asner, C. Barford, G. Bonan, S. R. Carpenter, F. S. Chapin, M. T. Coe, G. C. Daily, H. K. Gibbs, J. H. Helkowski, T. Holloway, E. A. Howard, C. J. Kucharik, C. Monfreda, J. A. Patz, I. C. Prentice, N. Ramankutty y P. K. Snyder. 2005. “Global Consequences of Land Use.” *Science*. 309: 570-574.

^{vi} Se define como la subsistencia en condiciones de escasez de agua durante al menos un mes al año. <http://advances.sciencemag.org/content/2/2/e1500323>.

^{vii} <http://www.un.org/spanish/waterforlifedecade/scarcity.shtml>.

^{viii} <https://www.cbd.int/agro/whatsheproblem.shtml>.

^{ix} www.mdpi.com/2071-1050/7/1/866/pdf.

^x <https://www.theguardian.com/environment/2015/dec/02/arable-land-soil-food-security-shortage>.

^{xi} <http://www.fao.org/3/a-i6030s.pdf>.

^{xii} <http://www.nejm.org/doi/10.1056/NEJMp1311479>.

^{xiii} <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4380918/#b26>.

^{xiv} <http://www.fao.org/3/a-i4646s.pdf>.

^{xv} <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S030691921600021X>.

^{xvi} Todos los datos de este párrafo se han consultado en la siguiente dirección: <http://www.fao.org/3/a-br323e.pdf>

^{xvii} Marshall Burke, Solomon M. Hsiang y Edward Miguel, 2015. “Climate and Conflict”. *Annual Review of Economics*. 7(1): 577-617.

^{xviii} Carl-Friedrich Schleussner, Jonathan F. Donges, Reik V. Donnera y Hans Joachim Schellnhuber. 2016. “Armed-conflict risks enhanced by climate-related disasters in ethnically fractionalized countries”. *Proceedings of the National Academies of Sciences*. 113 (33): 9216-9221.

^{xix} Nina von Uexkulla, Mihai Croicua, Hanne Fjeld y Halvard Buhaug. 2016. “Civil conflict sensitivity to growing-season drought”. *Proceedings of the National Academies of Sciences*. 113 (44): 12391-12396.

^{xx} Colin P. Kelleya, Shahrzad Mohtadib, Mark A. Canec, Richard Seagerc y Yochanan Kushnirc. 2015. “Climate change in the Fertile Crescent and implications of the recent Syrian drought”. *Proceedings of the National Academies of Sciences*. 112(11): 3241-3246.

^{xxi} <http://www.pnas.org/content/113/15/4146.full>.

^{xxii} <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=15373>.

^{xxiii} http://www.wri.org/sites/default/files/reducing_food_loss_and_waste.pdf.

^{xxiv} <http://www.wri.org/blog/2017/03/numbers-business-case-reducing-food-loss-and-waste>.

^{xxv} <http://www.fao.org/3/a-i4646s.pdf>.

^{xxvi} <http://www.undp.org/content/undp/en/home/librarypage/hdr/africa-human-development-report-2012.html>.